

“Hacia una cartografía del espacio simbólico”.

Ciudades; Tiempo-espacio y territorio 70. ISSN0187-8611. pp. 9-16

En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.

Suárez Miranda: Viajes de varones prudentes, libro cuarto, cap. XLV, Lérida, 1658ⁱ

Introducción

Si el esfuerzo de precisión cartográfica en el cuento de Borges parece desmedido, no por ello habría que renunciar a tal empresa. Quizás no fuera tanto cuestión de correspondencia de escalas como de criterios en la selección de los hitos. ¿Qué ameritaría más inscribirse en un mapa: un terreno vacío, un rincón donde ocurrió un milagro o la ubicación de la caja donde guardamos nuestros tesoros de la infancia? Podremos medir y calcular un evento dentro del plano cartesiano y definir un punto de acuerdo a tres o cuatro coordenadas, pero la manera en que efectivamente vivenciamos y significamos el espacio en nuestra vida cotidiana es mucho más compleja que lo que sugiere la geometría de Euclides. Desde tiempos inmemoriales, los imaginarios sociales han aprehendido tácitamente al espacio como una configuración de lugares cargados de un peso histórico y emocional. La superposición de imágenes en la pintura rupestre, por ejemplo, sugiere que ciertos lugares eran percibidos con un potencial mágico mayor que otros por sus efectos concretos en la caza a través del tiempo. Un lugar, pues, no es ni espacio puro ni lo contrario al tiempo. Está tejido con y desde el tiempo, pues sólo el tiempo lugariza al espacio. Por ello, intuitivamente, concebimos al espacio simbólico más como un organismo

que se desarrolla a través del tiempo que como un fondo neutro, atemporal y vacío para colocar objetos, como el fondo newtoniano en que se movían los cuerpos o como los *a priori* de la intuición en la filosofía kantiana.

Las nociones de un espacio aristotélico interior a una esfera y la del espacio euclideo estático lleno de éter han sido sustituidas por un continuo espacio-tiempo tetradimensional ideado por Hermann Minkowski. Albert Einstein desarrolló este concepto en su Teoría General de la Relatividad integrando la geometría curva de Riemann. Explicó al concepto de gravedad como resultado de un pandeamiento en este continuo espacio-tiempo producido por la materia. Estas ideas no son fáciles de comprender racionalmente, aunque parecería que nuestra intuición las adivina.

La espaciática como dimensión del culturoma está estructurada no sólo por elementos geográficos y arquitectónicos sino también por formaciones simbólicas múltiples. Ciertos objetos y eventos parecerían alterar la configuración del espacio-tiempo y hacerla converger en espiral hacia puntos de mayor densidad que otros. Propongo que estos puntos densamente simbólicos operan como campos gravitacionales fuertes que tienden a congregarse hacia sí capas subsecuentes de sentido girando alrededor de la misma zona y aumentando su fuerza centrípeta. Algo así como lo que denominé “atractores” (capítulo 3).

En este capítulo exploraremos cómo podría elaborarse una cartografía del espacio-tiempo simbólico en términos de capas que prácticamente se enrollan como un ovillo alrededor de ciertas zonas cargadas de sentido como los focos de las trayectorias en la mariposa de Lorenz. Si el espacio-tiempo en el pleroma se transforma por la presencia de la materia, particularmente por la densidad de la materia y la energía, el espacio-tiempo del culturoma se transforma por la densidad de la memoria.

1. La doble semiosis del espacio

Significamos espacios de acuerdo a dos órdenes semióticos diversos.ⁱⁱ Por una parte, un orden estrictamente sígnico se desarrolla a través de un sistema de oposiciones y diferencias según el concepto saussureano de signo.ⁱⁱⁱ Los países, montañas, ríos, ciudades, delegaciones, colonias, calles, edificios y salones u oficinas son designados con distintos

nombres y números por un mecanismo diferencial que permite establecer distinciones basadas en códigos fuertemente convencionalizados.

Hay otro sentido desde el cual definimos los espacios, aunque carezcamos de una cartografía capaz de registrarlo. Es el orden de lo simbólico con que experimentamos a los lugares como un conjunto heterogéneo cargado de memorias personales y colectivas, sellado con sentidos históricos, emotivos y materiales. Al contrario del sistema sígnico que es relativamente plano y abstracto, el orden simbólico es irregular pues está cargado de energía, materia y tiempo y depende directamente del contexto cultural y de los eventos particulares que ahí ocurrieron. Es esta segunda concepción del espacio madurado en y deformado por el tiempo a la que habremos de referirnos en este capítulo.

2. Lugarizar

Augé (1998) y Kunstler (1996) se refieren a los “no-lugares” como aquéllos que son exudados de los centros urbanos y se caracterizan por inmensos estacionamientos, vías rápidas y megacentros comerciales. Desde nuestra perspectiva, el no-lugar es un espacio relativamente neutro y vacío de sentido, que no de significado. Esta vacuidad es resultado de la escasa relevancia del factor tiempo en su trama. El no-lugar, aunque tenga significado, es poco significativo porque carece del complemento y contrapunto en la dimensión orgánica y dinámica que le otorga el tiempo. Este es el caso de los nuevos fraccionamientos que se trazan en la periferia de las ciudades y de las áreas suburbanas impostando estilos arquitectónicos arbitrarios sin un sentido de arraigo. Para Kunstler, este *national automobile slum* (basurero nacional de automóviles) en que se han convertido las ciudades es resultado del enamoramiento y veneración del automóvil, amor sadomasoquista diría yo pues genera grandes cantidades de adrenalina y stress (además de gases contaminantes y saldos de muertos y mutilados). Tal infatuación con estos artefactos de lata ha determinado la morfología urbana empobreciendo la calidad de vida de sus habitantes en la misma proporción en que se incrementan sus ventas.

Un lugar, en cambio, tiene una carga de tiempo y un sentido de fractalidad y de escalas por lo que se podría pensar en grados de lugaridad en un espectro más amplio. Para ilustrar esta distinción entre lugar y no-lugar, tenemos el caso de la Escuela Nacional de

Artes Plásticas en la Ciudad de México. Fundada en el centro histórico el 4 de noviembre de 1781, día del Santo del Rey Carlos III y llamada en su honor Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, (pintura, escultura y arquitectura) fue sede primero en la Casa de Moneda y diez años después en el Hospital del Amor de Dios. Su ubicación original era a dos cuadras de la Plaza Mayor atrás del Palacio Nacional en la esquina de Moneda y Academia, poblada de réplicas de las grandes obras de la escultura clásica y renacentista, sus historias, anécdotas y hasta fantasmas propios, lugar donde se enardecieron los ánimos de los más grandes artistas mexicanos.^{iv} Hoy se encuentra en un no lugar en Tepepan en una esquina perdida por un camino de cuyo nombre nadie puede acordarse. Sin embargo, para las nuevas generaciones de estudiantes que habrán tenido ahí sus primeras experiencias amorosas y artísticas, ese sitio se irá lugarizando en su memoria.

¿Cómo surge un lugar? Los grupos humanos deciden establecerse en ciertos sitios por razones prácticas como recursos materiales en agua, tierra y minerales o estratégicos por su visibilidad ante ataques enemigos. Algunas ciudades se establecen en rutas comerciales como Jerusalén, Londres, Viena, Estambul, Bombay, Hong Kong, Petra, Damasco, Meca. Otras se fundan en puertos como Atenas, Roma, Cartago, Alejandría, Veracruz; otras más alrededor de yacimientos mineros como Guanajuato, Zacatecas y Taxco. Algunos lugares brotan por oráculo, como el de Apolo según Diódoro: “de que habrían de fundar una ciudad en el lugar donde hubiese agua en suficiente medida pero pan para comer en forma desmedida...”^v o bien, por órdenes de Huitzilopochtli de fundarla donde se hallare un águila posada sobre el nopal. El oráculo de Huitzilopochtli era menos razonable y práctico que el de Apolo, ya que ni un águila ni el nopal podían garantizar la sobrevivencia del pueblo en un sitio. Sin embargo, tanto en la fundación de Tenochtitlan por Cuautlequetzqui como en la de Roma por Rómulo, el acto de fundación fue un acto simbólico y performativo que convirtió a un no lugar en lugar al trenzarse, a partir de ahí, el tiempo histórico.

El lugar es un cuerpo que nace y crece, que se enferma y se cura, que muere. Puede ser violentado y quebrantado o acogido y cuidado; cuenta con una biografía, historia personal, memoria afectiva y subjetividad colectiva. Un mapa del lugar debe registrar, como una fotografía no oficial, algo de su expresividad y profundidad psicológica. Ésta sería la cartografía simbólica que quisiera delinear en este texto.

3. La organicidad del espacio y su relación al cuerpo

Rudolf Arnheim (1984, 16-23) afirmó que percibimos la asimetría y la anisotropía principalmente por medio de dos sentidos corporales: la vista y la quinesia o las tensiones físicas y musculares que interpreta la fuerza de gravedad como peso. Mientras el arriba y abajo no tienen un sentido real en un espacio neutro (arriba puede ser hacia cualquier parte) la atracción gravitacional altera totalmente nuestra percepción del espacio, pues entendemos el arriba corporalmente como lo que requiere un esfuerzo físico, en contraste al abajo que nos jala. Esto ilustra lo que Lakoff y Johnson (1980) denominan “metáforas orientacionales” que están constituidas espacialmente en relación a nuestro cuerpo. En términos einsteinianos, abajo significaría literalmente moverse hacia la parte pandeada del espacio-tiempo curvo, hacia donde “cuelga” una masa o energía de magnitud significativa.

La conciencia de que un lugar es orgánico y, por lo tanto, vulnerable y vivo (consiguientemente mortal) era evidente para el pueblo azteca. Para los aztecas, el tiempo late en el corazón del espacio, organismo mortal como cualquier otro cuyo destino está determinado por paquetes cuánticos de tiempo comprendidos en el ciclo azteca de 52 años. Este sentido efímero de la ciudad podemos constatarlo por la suerte que han corrido grandes ciudades mesoamericanas como Chichén Itzá, Monte Albán, Teotihuacán, Mitla y tantas otras asesinadas o fallecidas por enfermedad o muerte natural para dejar sólo sus esqueletos arquitectónicos. Si ciudades de esa magnitud perecieron, no habría por qué no suponer, en la lógica azteca, que lo mismo podría ocurrirle al mundo, lugar de lugares.

Tenochtitlan como espacio-tiempo orgánico y corazón del cactus cósmico, era puesta a latir al son del huéhuetl y el teponachtli durante las ceremonias del sacrificio. Cuando este corazón fue arrancado del pecho de la ciudad en el sacrificio de sacrificios de 1521 por la caída de la ciudad a manos de los españoles, se colocó --en la misma caja torácica del Zócalo-- el reloj de Palacio como válvula artificial cardíaca que animara y mantuviera vivo el cuerpo colonial hasta la incurable arritmia que hoy padece la Ciudad de México. No importa cuántas plazas adicionales se siembren a lo largo y ancho de la ciudad de México y de toda la República, la densidad del Zócalo capitalino como centro de

implosión simbólica y ombligo del país entero probablemente ha de perdurar e incrementarse por la inevitable carga adicional del tiempo que transcurre.

Así como para los aztecas el mundo podría acabarse cada vez que se cruzara la zona liminal espacio-tiempo de 52 años, atestiguamos hace poco cómo muchos aterrados por el y2k se prepararon para cruzar el umbral del nuevo milenio y particularmente por el lugar en que estarían entre las 23:59 del 31 de Diciembre de 1999 y las 0:00 horas del primero de enero del 2000. Ubicarse en el tiempo no es opcional; nuestra libertad radica sólo en situarnos en el espacio, en escoger el punto por donde pueda cruzar ese tiempo. Asimismo, por su carácter mucho más vinculado a los sentidos, es el espacio, más que el tiempo, el que nos vincula a la memoria afectiva. Podemos recordar exactamente la sala en que realizamos nuestro examen de titulación, pero es difícil recordar la fecha exacta; recordamos el lugar donde hicimos el amor por primera vez, pero no la fecha.

Cada vez que se cruza un umbral del tiempo, se abre una nueva posibilidad de espacio. Esta concepción de un espacio-tiempo orgánico corresponde a una visión politeísta que percibe un universo politemporal; podría acabarse ese mundo y quizás pudiera emerger otro, quizás no. La visión monoteísta, en cambio, concibe sólo un principio en la creación y un fin en el Apocalipsis que se expresa científicamente en la visión cosmológica de explosión del Big Bang, la dilatación progresiva del espacio y la entropía hacia su enfriamiento e implosión final.

4. Rincones de la escena privada

A otra escala de la espaciática, en su esfuerzo por construir una arqueología fenomenológica de los espacios y del topoanálisis, Bachelard (1986, 27) propuso imágenes como la concha, el nido, el cofre y los rincones como categorías de cualificación espacial. Sin embargo, su intento se reduce a lo que él denomina como “imágenes de espacio feliz” que, aunque conmovedoras, representan un sentido íntimo del espacio característico más bien del modo burgués de habitar y una aproximación al espacio puramente individual. Jean Baudrillard (1981) examinó cómo se organiza el espacio doméstico y cómo adquiere sentido por un modo particular de colocar los objetos personales en su interior. Lo define

como un orden moral de los objetos que se convierte en una representación de las relaciones familiares. El mobiliario es para el autor un conjunto de monumentos que atestiguan y representan el status social de la familia, su estabilidad, credibilidad y estilo de vida. Y en efecto, podemos ver que las figuras de la retórica clásica como la aliteración, la elipsis, la hipérbole, son utilizadas para expresar sentidos y relaciones dentro del hogar. Las flores en el centro de un florero situado en el centro de una carpeta en el centro de una mesa asentada en el centro de un tapete que está en el centro de un cuarto en el centro de la casa es un típico ejemplo de aliteración en este mapa familiar del espacio simbólico. Las reglas de esta configuración del espacio aparentemente personal son dictadas por el status social y sus convenciones. Cada hogar parece tener un centro o un conjunto de centros que definen o marcan los lugares más significativos para la familia: la cama matrimonial, el fogón, la mesa del comedor. Para enfatizar este lugar particular, se colocan objetos especialmente apreciados por los propietarios. En el caso de la cama, ésta se cubre con la colcha más cara y más fina que se pueda costear, además de colocar en ella cojines bordados y muñecos de peluche y coronarla por un crucifijo o la foto nupcial sobre la cabecera como una forma de concederse la debida importancia.

En estos tiempos en que la dedicación a la cocina ha perdido el papel central que tenía para las amas de casa de generaciones anteriores, el refrigerador ha sustituido el punto cardinal que antes poseía el hogar. Por “hogar” me refiero a la estufa o fogón que es el sentido original de esta palabra ampliado por sinécdoque para designar la vivienda toda. El refrigerador, en tanto centro de la cocina, es decorado con dibujos de niños, imanes, notas y recados, punto hacia donde convergen los miembros de la familia. Para muchos, llegar a casa se marca con el gesto ritual de abrir el refrigerador.

Baudrillard describe cómo en otros tiempos el hogar o fogón constituía el punto centrípeto principal de la casa rural. Después fue la chimenea que, en el contexto urbano, se sustituyó por el típico reloj de péndulo de la casa burguesa hasta que la radio ocupó durante los treinta y los cuarenta el centro alrededor del cual se organizaban sillas y sillones. En los cincuenta, este lugar fue ocupado por el televisor, muchas veces acentuado con una carpeta y un florero o pieza de porcelana encima. En las clases medias y altas el televisor se dispersó hacia las recámaras para ser sustituido en los noventa por la computadora como punto centrípeto hacia donde convergían los miembros de la familia, igualmente dispersada

después a unidades personales y laptops. Todos estos artefactos desde el fogón, la chimenea, el reloj, la radio, la televisión y la computadora no sólo han ido marcando espacios sino definiendo tiempos para generar a otra escala una plaza privada en el seno familiar.^{vi}

Durante el mes de diciembre, surge un foco espacial distintivo con el árbol de Navidad y las figuritas del Nacimiento que generan a su alrededor no sólo un orden diferente del espacio sino también del tiempo. Asimismo en noviembre la ofrenda de muertos establece un orden distinto del espacio y del tiempo cotidiano más allá de la vida, que tiende un puente desde los mortales al no-tiempo de la eternidad. Para algunas familias el altar de la Virgen o del Santo en muchos hogares y el nicho del Niño pan de los barrios de Xochimilco constituyen núcleos simbólicos que se marcan por veladoras, focos de colores, flores, vitrinas y demás ornamentos. Lo mismo podemos encontrar en talleres y fábricas de todo tipo, o el espejo retrovisor decorado con el zapatito del bebé, el Rosario y otros elementos que contribuyan a la sensación de que ahí se encuentra el centro o punto nodal del vehículo del taxista o microbusero.

Aunque se trate de místicas figuras celestiales o de banales televisores, de aparatos tecnológicos o de nichos religiosos, esta tendencia de enfatizar lugares atestigua la necesidad de marcar acentos sobre el espacio que lo haga curvarse hacia zonas más densas y significativas para el morador. Esta práctica ocurre tanto en las esferas privadas como en las públicas de un culturoma. Podría decirse que esa costumbre está emparentada en alguna forma con el *horror vacui*, de modo que, así como tenemos quienes no soportamos un gran espacio vacío de dos dimensiones y tenemos que colocarle algo para contrarrestar su monotonía o austeridad, en las cuatro dimensiones se fundan lugares que flexionen el espacio y permitan el cruce del tiempo. El *horror vacui* no es sólo horror al vacío en un plano sino horror al plano mismo que es una especie de vacío de tiempo. Por ello colocamos un elemento que genere un foco y una dinámica, un punto cóncavo o convexo que abarquille al espacio y por donde penetre el tiempo.

5. Combaduras privadas en espacios públicos

Los espacios privados no son los únicos que están orquestados simbólicamente: la ciudad en que vivimos también se halla configurada de una manera especial para cada uno de sus habitantes. Para Michel De Certeau (1988, 99) caminar es un medio de significar los lugares: “el acto de caminar es para el sistema urbano lo que un acto de habla es para el lenguaje o los enunciados hechos.” Sin embargo, generalmente caminamos tan distraídamente que esos pasos sólo podrían ser comparables a los de un sonámbulo. Más que caminar, es el “hacer y padecer” (en términos de John Dewey) lo que hace que la memoria afectiva tiña los lugares y nos haga percibir a algunos como más significativos que otros.

Es verdad que las calles en las que caminamos en nuestra infancia se vuelven particularmente significativas, pero no es por haber caminado en ellas por lo que adquieren ese sentido; son los residuos de nuestro ser que se quedaron ahí y que surgen frente a nosotros como una imagen virtual y furtiva por los que adquieren particular significación. En general, cuando caminamos, lo que hacemos es seguir la fuerza que nos arrastra hacia donde pretendemos llegar. Por otra parte, los lugares se vuelven personalmente significativos por su resultado experiencial fortuito: siempre recordaremos el lugar donde jugábamos o paseábamos en bicicleta o patines, donde conocimos a alguien particularmente importante en nuestra vida, donde fuimos asaltados o donde lloramos una pena profunda, donde descubrimos un sentido distinto de nuestra identidad. Cada uno de nosotros ha recogido a lo largo de nuestra vida una colección de lugares significativos que parecen combarse y descender por el peso de nuestra memoria afectiva arrastrándonos momentáneamente hacia el pasado. Todos éstos son lugares porque fueron inyectados de tiempo. @@

Los lugares significativos emergen a la superficie y son típicamente compartidos con los otros por medio de la literatura. La Colonia Roma es descrita por numerosos autores desde José Agustín, José Emilio Pacheco, William Burroughs, y Carlos Fuentes entre otros que nos la configuran por la lectura en la suma de pasos trenzados con los nuestros a través de sus calles. Luis G. Urbina expresa los sentimientos de miedo y tristeza que lo embargaron en el lado oeste de la plaza Mixcalco cerca de una pared que aún mostraba las huellas de balas de ejecuciones públicas y Margo Glantz describe los hornos de pan en las

calles de Uruguay. Los relatos de Luis González Obregón , el maestro de la crónica urbana, han sellado de un modo particular la imagen que varias generaciones se han hecho del centro histórico.

Aunque ricos e inolvidables, estas crónicas intentan describir la simultaneidad del espacio a través de la inevitable secuencialidad del discurso verbal. Todos hablan de la misma ciudad, desde Bernal Díaz del Castillo y Francisco Fernández de Salazar hasta los reportajes periodísticos actuales resaltando algunos lugares sobre otros. Dejan solo al lector quien debe tratar de armar como un ciego, pedazo a pedazo, el rompecabezas de su propia versión del mapa simbólico de la ciudad. Lo ideal sería, más que narrar al espacio simbólico, representarlo visualmente; pero, ¿cómo?

La lógica, el reloj y la física newtoniana nos dicen que el tiempo transcurre igual en todas partes. Sin embargo, parecería que el tiempo se desvía a veces para evitar cruzar por ciertos sitios. Hay lugares donde el tiempo enloquece, como en Tokio o Manhattan y otros como Macondo o Comala, donde el tiempo es como un “pavo real que se aburre de luz en la tarde”. ¿Qué hace delirar y trastornarse al tiempo?

Así como un lugar es un espacio inyectado de tiempo, según Einstein el tiempo depende de la velocidad de modo que, a grandes velocidades el tiempo se dilata y el espacio se contrae en dirección al movimiento. Este concepto de la física relativista resulta totalmente contra intuitivo. Nos parece que donde el tiempo se dilata más es donde la velocidad es mínima, es decir, las cosas y los eventos duran más cuanto más estático es el lugar. Si en el campo el tiempo gira sobre sí mismo, en la ciudad adquiere ese perfil casi unidimensional, como una línea implacable que atraviesa y penetra los lugares como hembras en celo. La ciudad es la obsesiva generación de modas y estilos como testimonios materiales del paso vertiginoso del tiempo. Si la ciudad se apodera del tiempo y lo acelera como ningún otro espacio del planeta, ha de ser porque en ella es el espacio el que se dilata y se cuelga por el peso simbólico de los lugares contrayendo al tiempo en capas sucesivas. En consecuencia, en estos puntos las ciudades se desdoblán al tiempo, lo extienden en una línea perpetuamente hacia el pasado, como el cilindro revertido sobre sí mismo de la botella de Klein en topología.

6. Tramas, pespuntos y nudos del tejido urbano

La ciudad puede ser forjada de distintos modos. Los trazos utópicos que dibujaron Vitruvio, Alberti, Leonardo, Durero o el Barón de Haussman se asemejan a una trama ortogonal urdida con agujas de tejer o con telar. En la “Guía para la Fortificación de la ciudad, el castillo y pueblo” Durero (1527) organiza el espacio segregando clases sociales y alejando sitios tales como peleterías, el rastro y herrerías del centro. Encontramos esos trazos cristalizados en la estructura romana de Tingad o Montpazier en Francia. Esta trama prevalece actualmente en ciudades como Toronto, Hollywood, el norte de Manhattan, Filadelfia, Pekín, Buenos Aires, Santiago de Chile y San Francisco.

Otra manera de tejer la ciudad es a gancho o crochet con la que se elabora una estructura radial, como el trazo utópico de Jacques Perret de Chambéry, reflejada en Amsterdam. Ciudades como el Cairo, Bruselas o Budapest, Copenhague, Dublín, Florencia, Nicosia y Jerusalén se desarrollan de una manera más azarosa como en el crecimiento irregular de una jacaranda o higuera, en contraste con la estructura más racional y predecible de un pino o ciprés. En el caso de Malinas o de la Medina de Fez, Marrakech y otras localidades marroquíes, la urdimbre parece haber crecido espontáneamente como un conjunto celular calcificado.

Carlos Fuentes empieza su narración de “La Región más Transparente” en un lugar preciso, la plaza del Caballito, desde la que se extiende un “ataúd de asfalto”, nudo de amarre de la avenida Juárez, Bucareli y Reforma casi para detener en su lugar las costuras de la ciudad. El tejido se remacha en cada una de las plazas siguientes, desde el monumento a Cuauhtémoc en Insurgentes, el Ángel de la Independencia, la estatua de la Diana Cazadora y la Fuente de Petróleos hasta la de Henry Moore en el cruce con Palmas hilvanando puntada a puntada por el camellón al Paseo de la Reforma sobre el suelo. De las torres de Satélite hasta la Ruta de la Amistad, ambas con la participación de Matías Goeritz, se genera el contrapunto perpendicular que mantenga la ciudad en equilibrio, especies de *cardo* y *decumanus* romanos a escala desmedida.

Como en el espacio privado se colocan floreros, lámparas y diversos objetos para anclar bien el área circundante, los monumentos urbanos tienden a ser colocados para reforzar la trama urbana y contrarrestar la tendencia centrífuga de las avenidas: Hay sitios donde es necesario hacer varios nudos para sostener bien la trama; otros, donde hay que

pasar el zurcido dos veces, de ida y vuelta, para que agarre bien. Parece como si las avenidas y periféricos se trazasen para mantener a la fuerza la ilusión del plano, es decir, para planchar e hilvanar al espacio evitando que se tuerza. Y sin embargo se tuerce.

Este afán de amarrar bien la ciudad la encontramos de igual modo en la concepción urbana de los romanos con el foro (originado en el ágora griega) como punto de cruce entre el *cardo maximus* y el *decumanus maximus* así como en la plaza mayor de los aztecas y sus dos calzadas siguiendo casi la misma orientación levemente desviada norte-sur del *cardo* (por Tepeyac-Ixtapalapa) y este-oeste del *decumanus* (Texcoco-Tacuba). Cortés mantiene la traza original y Alonso García Bravo planifica la ciudad colonial de acuerdo a un modelo relativamente racionalista durante la Colonia. En nuestro siglo el área metropolitana se extiende explosivamente por medio de nuevas colonias como la Condesa, la Roma, Polanco y del Valle para continuar décadas más tarde con el modelo suburbano de Satélite, Coapa, Santa Fé, Aragón y zonas conurbadas. Como a la caída del imperio romano, hoy en la ciudad de México se está desencadenando un proceso de medievalización urbana con sus respectivas murallas y rejas guardadas por centinelas como estrategia defensiva frente a lo único que parece estar bien organizado en este país: el crimen. El modelo abierto y racional de la ciudad a la Barón de Haussmann con ejes viales y periféricos se percibe como lugar de nadie y vulnerable al atraco, por lo que los barrios tienden a enroscarse sobre sí mismos como moluscos ante el peligro.

7. Hoyos negros y blancos

Una cartografía del espacio simbólico no puede dejar de registrar los hoyos blancos y negros de altísima carga de sentido, algunos lugares de luminosidad y fe, y otros de una densidad tal impiden que se escape de ellos siquiera la luz. La mayoría de las religiones tienen en común un énfasis sobre ciertos lugares de mayor concentración simbólica que otros. Las peregrinaciones a lugares sagrados como Meca, Jerusalén, Sanchi y Santiago de Compostela entre otros, indican la creencia de que Dios puede ser omnipresente, pero no todos los lados son iguales ni el espacio es parejo. Su jerarquía y relevancia está determinada por su historia y la cualidad de los eventos que ocurren exactamente en ése

lugar y en ningún otro. Son lugares inyectados de tiempo. Estos lugares se comportan como los puntos fijos de la topología flexible de Solomon Lefschetz donde, independientemente de cuánto se estire el espacio a su alrededor, recuperan tarde o temprano su imagen original. Prendidos por piedra de lápida, monte, roca o muro, en esos lugares el tiempo se cuenta meticulosamente: 3000 años de la fundación de Jerusalén, 1368 de la ascensión de Mahoma, 1972 de la crucifixión. Son lugares-ombigo donde se repiten las mismas palabras y los años se suman por milenios .

Un caso prototípico de curvatura del espacio-tiempo es el Monte Moriah sobre el cual, según la Biblia, Abraham casi sacrificó a su hijo Isaac. El rey Salomón erigió después el templo en ese mismo lugar para hospedar el Arca Sagrada hasta que Nabucodonozor II lo destruyó medio milenio antes de nuestra era. El templo se reconstruyó en el mismo lugar y de nuevo fue destruido por los romanos en el año 70 e.c. Medio milenio después, ese mismo punto marcó para la tradición musulmana el lugar preciso en que Mahoma afirmó haber ascendido al cielo el 8 de junio de 632 y donde, 30 años más tarde, se construyó la mezquita de Omar con su cúpula de oro. A unos cuantos metros de ahí se encuentra el Santo Sepulcro donde se cree descansan los restos de Jesús; ahí se construyó una iglesia en el siglo 4 de nuestra era, reconstruida por los cruzados en 1099. Estas minucias del tiempo y convergencias sobre una zona de altísima densidad simbólica explican su fuerza de atracción que parece curvar al espacio con una fuerza implosiva desencadenada con frecuencia en hechos violentos.

Otro ejemplo de implosión simbólica de un hoyo blanco en el espacio-tiempo es la Kaaba en la Meca, el lugar más sagrado para los musulmanes que se encuentra en el patio de la gran mezquita. Según el Corán, la Kaaba fue construida por Adán y reconstruida por Abraham alrededor de una inmensa roca negra que le fue dada a Ismael por el ángel Gabriel. Después fue un altar para deidades paganas hasta que Mahoma empezó a predicar a los pobladores de Meca y se la re-dedicó a Alá. Los musulmanes tienen la obligación de peregrinar a la Meca por lo menos una vez en su vida y en todas sus plegarias siempre voltean en dirección hacia la Meca.

Jerusalén y Meca no son, obviamente, los únicos lugares de densidad simbólica. El Templo Mayor de México-Tenochtitlan, físicamente construido a través de varias capas de pirámides subsecuentes, ilustra a la perfección esta construcción simbólica del espacio.

Cortés escogió guardar la densidad simbólica del principal cuadro de Tenochtitlan, y utilizó para sí las mismas parcelas pertenecientes al palacio del emperador azteca Moctezuma tanto el de Axacayatl como las casas nuevas del lado este, a su vez convertidas en Palacio Virreinal, y después Palacio Nacional. Para Hernán Cortés, el árbol de la Noche Triste del 30 de junio de 1520 fue otro de esos puntos espacio-temporales. Esta geografía personal del sentido es complementaria a una cartografía colectiva de lugares para celebraciones públicas, de protesta política, reuniones rituales y conmemoración de desastres como la Plaza de las Tres Culturas 2 de octubre de 1968, Tlaltelolco y el multifamiliar Juárez 19 de septiembre de 1985, la frontera México-Estados Unidos y los cientos de migrantes muertos en su intento por cruzar, Ciudad Juárez y sus 5 centenas de muertas impunes en una década. Un lugar de encuentro o de recuerdo, de invocación o evocación, está siempre conformado de espacio y de tiempo.

La perpetuación del poder religioso sea pagano o cristiano, musulmán o judío y del poder político sea teocrático, tributario, imperial, republicano, autocrático, de derechas o de izquierdas, es consistente con la idea de la perpetuación de un lugar determinado. Se cree que el poder es una fuerza mágica y sobrehumana que emana de un lugar, en vez del efecto de la voluntad o fuerza social. Quienquiera que se encuentre en un momento dado en un cierto lugar, automática y legítimamente se apropia no sólo del lugar mismo sino de toda su fuerza simbólica. La persona individual, independientemente del rango heroico de sus acciones, de la cantidad del voto popular que lo apoye, de la evidencia de su legitimidad como sucesor por derecho de sangre o de voto, todo ello no es suficiente para reconocer su autoridad. Evidentemente, el poder no se asienta tanto en el individuo como en el lugar que ocupa, trátase de la Casa Blanca o Rosada, el Vaticano o el Kremlin, por lo que necesario el peso de la acumulación simbólica del lugar como la más elocuente y concreta cristalización del poder. Este peso se debe al campo gravitacional ejercido por el espacio-tiempo de un lugar. Por ello, varios de estos lugares se han vuelto hoyos rojos como cenotes de sangre, pues apoderarse de un lugar es apoderarse de su fuerza y autoridad, es decir, del poder que emana de él. Tal lugar, como un talismán, proporciona a sus ocupantes una especie de poder divino o mundano que se atornilla en el tiempo.

Por hoyos negros me refiero a aquéllos que durante el siglo XX se han yuxtapuesto en una larga lista de lugares cuyo sentido es estremecedor: Amritsar, abril 13, 1919 (una

multitud de civiles en la India fue masacrada por órdenes del General británico Dyer); Badajoz, 14 de agosto de 1936 (civiles masacrados después de su rendición a Franco); Guernica, 26 de abril 1937 (civiles españoles bombardeados por la aviación Nazi); bosque Katyn, abril-mayo 1940 (15,000 oficiales polacos masacrados por fuerzas secretas soviéticas); Babi Yar, septiembre 29-30 1941 (33,771 civiles judíos soviéticos ametrallados por los *Einsatzgruppen*); Auschwitz y Treblinka 1942 (hornos crematorios del genocidio nazi que generaron millones de víctimas), Hiroshima y Nagasaki 6 y 9 de agosto de 1945 (destrucción de 2 ciudades por bombas nucleares); Sharpeville, marzo 21 1960 (policía sudafricana abrió fuego contra una multitud de negros africanos); My Lai, marzo 16 1968 (300 civiles vietnamitas desarmados asesinados por la infantería norteamericana); Sabre and Chatila, septiembre 15 1982 (cientos de palestinos masacrados por la milicia falangista libanesa); Chernobyl 26 de abril 1986 la población de una ciudad que ha ido muriendo de cáncer por un desastre atómico; Plaza de Tiananmen , junio 3-4 1989 (cerca de mil estudiantes asesinados por el Ejército de Liberación Popular). Siguieron en Bosnia y Herzegovina 1992-3 (“limpieza” étnica de musulmanes por los serbios); Rwanda y Burundi 1972-97 (miles de muertos por violencia entre los las tribus Tutsi y Hutu), Algeria, 1997-98 (masacres de civiles algerianos por fundamentalistas islámicos), las torres gemelas del WTC el 11 de septiembre de 2001 (se estrellan 2 aviones piloteados por islamistas), Atocha 11 de marzo 2004 (bombas colocadas por islamistas contra civiles españoles), Beslam septiembre 2004 (masacre de niños y mujeres en una escuela por militantes chechenos) y la actual cadena de masacres y violaciones de la milicia árabe contra la población no árabe de Sudán.

Por su fugacidad, el tiempo carece de la fuerza evocativa que es propia del espacio dispuesto para capturar la memoria. Nuestra historia y la educación humanística realmente dependen de que estos mapas de hoyos negros estén presentes en la memoria de todos. Las fechas son sólo números y los lugares remotos, sean hoyos negros o estrellas. Para evitar que sigan proliferando más hoyos negros de atrocidad, habría que dejar asentada esta cartografía de la abyección humana. No menos necesario es elaborar el mapa de la dignidad humana, anteriormente alabada en los mitos y las leyendas de héroes y dioses, hoy muy mal registrada empezando por los “topos” del terremoto del 1985 en la delegación Cuauhtémoc y otros que quedan en las ruinas del mapa carcomidas por el sol.

Nos hemos guiado por las estrellas para orientarnos en el espacio y en el tiempo. Nuestra mayor estrella, el Sol, nos ha orientado: “para separar el día y la noche, y sirvan de señales para las estaciones, para días y años” (Gen1:14). Más aún, nos hemos servido de las lumbreras para entender al sistema planetario, trascender la vía láctea e incursionar hacia otros soles y los confines del universo. Por el telescopio Hubble, creemos haber vislumbrado el principio del tiempo y del espacio. Quizás la cartografía de los hoyos negros nos guíe de igual modo al reconocimiento de que la flexibilidad de nuestro espacio-tiempo es limitada, que el mundo es, como lo supieron los aztecas, perecedero, y que su delicado tejido puede ser irreversiblemente herido y gangrenado.

Conclusión

Acaso mera fantasía de una admiradora de los laberintos de Borges o un mapa indispensable para el diseño arquitectónico y urbano. Sea cual fuese el caso, la cartografía del espacio simbólico tendría que empezar a levantarse cuanto antes. Si a fantasías vamos, más grande que la de un mapa de mapas es la ingenua idea de diseñar en el espacio-tiempo como si se tratara de un papel en blanco, fantasía común en la práctica autista de gran número urbanistas y arquitectos que diseñan sin ver, ni oír, oler o tocar; vamos, ¡ni siquiera caminar!. Una cartografía simbólica, en cambio, remarcaría lugares a partir de lo significativo, de las vivencias e intensidades reales para los habitantes.

Podríamos incluso aglutinar varios mapas personales y configurar un mapa colectivo que sumara las experiencias más reveladoras de los habitantes de un lugar. Se nos abriría de esta forma un espacio-tiempo social distinto que incorporase la huella de nuestra vida personal y la de nuestros coterráneos. Evidentemente, la ciudad dejaría de ser el plano cartesiano que muestran los mapas convencionales con números y letras y quizás descubriríamos por la fusión de experiencias individuales nuevas zonas de alta densidad simbólica muy distintas de las oficialmente establecidas. ¿Qué imagen de la ciudad y del mundo obtendríamos?

Habría que proceder un poco como ese “Colegio de Cartógrafos del Imperio” tendiendo una red a lo largo y ancho que registre con minuciosidad fractal cada uno de los cruces del tiempo y del sentido. Todos los habitantes contribuirían al trazo, distribuyendo

quizás un conjunto de piedras de colores según el matiz de su experiencia, piedras que colocarían en espacios significativos para cada quien. Como la medición de la costa de Inglaterra imaginada por Mandelbrot, cuya medida crece en proporción inversa a la escala de medición, el mapa adquiriría entonces concavidades, colores y texturas de fuerza simbólica efectiva. Tendríamos que convocar también a los muertos, de modo que cada vida que ha vivido algo en cada lugar, dejara su huella en él y en su mapa. Mientras siga sin localizarse el lugar exacto en que se encuentra la réplica de la ampliación de ese mapa del imperio, no habrá más remedio que volverlo a hacer. Para esconderlo del sol y del polvo, de los mendigos y animales, lo guardaríamos en ese espejo flexible que ha sido por milenios el sitio perfecto para almacenar mapas infinitos que lo representan icónicamente todo: la parte cóncava de la retina.

ⁱ Por supuesto, Jorge Luis Borges “Del rigor de la ciencia” en , *Narraciones*. (Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas núm. 123, 1984)..

ⁱⁱ Para un desarrollo más amplio de este concepto de doble orden semiótico, véase K. Mandoki, *Prosaica: Introducción a la estética de lo cotidiano*, (México, Grijalbo, 1994), parte III y K. Mandoki, "Between Signs and Symbols; an economic distinction?" Rauch Irmengard and Carr F. Gerald (eds.) en *Semiotics Around the World; Synthesis in Diversity* (Berlin, New York: . Mouton de Gruyter 1997):1015:1018.

ⁱⁱⁱ Cf. Ferdinand de Saussure. *Curso de Lingüística General*. (Buenos Aires, Losada, 1967).

^{iv} Cf. Roberto Garibay S. *Breve historia de la Academia de San Carlos y de la Escuela Nacional de Artes Plásticas*. (México: ENAP, UNAM, 1990).

^v Diodorus, *Historical Library*:12.10.5.

^{vi} Sobre el sentido de la plaza y su importancia como punto de convergencia, refiero al lector a Mandoki 1998.